

Anuschka van't Hooft, *The Ways of the Water. A Reconstruction of Huastecan Nabua Society Through its Oral Tradition*, Leiden University Press, Leiden, 2007, 294 pp., ISBN 978 908728 0109.

Hace más de tres décadas, Claude Lévi-Strauss hablaba de la importancia de la oralidad del mito como un lenguaje elevado de operaciones lógicas complejas y con formas de procedimiento internas. El trabajo académico radicaba, por lo tanto, en tratar de entender ese lenguaje, conocer su estructura, su código y mensaje.¹ La observación de Lévi-Strauss no siempre fue tomada cabalmente, pues si bien es cierto que muchas investigaciones antropológicas o históricas recurrieron a la tradición oral, esta fue en la mayoría de los casos una fuente de información de aspectos míticos y no el objeto de análisis en sí misma.

Dado su contenido de valores ideológicos, el *corpus* oral indígena suele formar parte de los datos que complementan indagaciones antropológicas, etnográficas e históricas. Sin embargo, son aún pocos los trabajos que analizan las oralidades y su construcción discursiva como objeto central de la investigación. En muchos de los casos, el *corpus* oral lo integran relatos que se recopilan y publican para hacer un uso fragmentario de ellos, en donde los elementos extraídos se convierten en “datos” por asociación simple y sin una vinculación firme con sus contextos discursivos originales.² *The Ways of the Water*.

¹ Claude Lévi-Strauss, *Structural Anthropology*, Penguin Books, Londres, 1972.

² José Alejos García, “Tradición y literatura oral en Mesoamérica. Hacia una crítica teórica” en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.),

A Reconstruction of Huastecan Nabua Society Through its Oral Tradition de la antropóloga Anuschka van't Hooft es una de las gratas excepciones a este proceder. Su objetivo es analizar varios relatos de tradición oral pertenecientes a los nahuas de Xochiatipan, en la Huasteca hidalgüense, que hacen referencia al agua en sus diferentes facetas —río, tormenta, mar, arroyo—, e insertos en los géneros discursivos propios de la etnia. A lo largo de los cinco capítulos que componen el libro, el lector se aproxima a la tradición oral, entendida como una manifestación estética de profundo raigambre, depositaria de la memoria de la comunidad que confía en ella para su preservación. Mediante la oralidad y en mosaico de formas —adivanzas, cuentos, rezos, cantos— se transmiten de generación en generación experiencias, conocimientos y percepciones de la realidad.

Aun cuando no todos los nahuas de Xochiatipan conocen los relatos que integran la tradición oral o no tienen idea coherente o constante de su propia cosmovisión, los elementos fundamentales que conforman dicha tradición sí son conocidos, en mayor o menor medida, por toda la comunidad. Además, los símbolos utilizados en los textos permiten múltiples interpretaciones acerca de los mensajes que conllevan, lo que propicia cierta flexibilidad en la comprensión de los estándares establecidos colectivamente. De esta manera, la autora resalta el carácter identitario de los discursos de tradición oral. La identidad de los nahuas de la Huasteca es una construcción ideológica que da sentido a la atribución grupal. Es, como

Filología mexicana, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2001, pp. 293-329.

cualquier identidad, de carácter comparativo, ya que implica una relación entre un *nosotros* nahuas frente a los *otros* no nahuas, o bien, en palabras de Miguel Alberto Bartolomé, la “existencia de dos o más identidades relacionadas que pueden ser confrontadas, y con base en esas distinciones afirmar lo propio en oposición a lo alterno”.³ En el caso de Xochiatipan al momento de realizar la investigación, los nahuas representaban 99% de frente a 1% mestizo (p. 25).

Cuando el *otro* habla. Al iniciar su investigación, Anuschka van't Hooft invita a un joven nahua, Bonifacio, a que le hable de su comunidad, sin mayores preguntas de por medio. El joven, extrañado, le pide a la antropóloga que le diga qué es lo que ella quiere saber sobre la comunidad. Hooft sólo quiere que Bonifacio le platicue lo que él quiere que una persona que nunca ha visitado su hogar sepa de este: “Just pretend you meet someone who wants to know what your village is like and give a large description” (p. 26). Visualizando ese momento, nos encontramos ante una escena por demás ejemplar de las relaciones dialógicas que se establecen a partir del análisis de la tradición oral de los nahuas de la Huasteca. El *otro*, que es Hooft, representa la primera realidad dada con la que Bonifacio se encuentra en un mundo cuyo centro es, naturalmente, él como el *yo*, y todos los demás son los *otros*. La autora, sentada frente a Bonifacio, es la imagen genial de la estrecha relación que se establece en el intercambio recíproco de ideas, imágenes y recuerdos a merced de la palabra.

³ Miguel Alberto Bartolomé, *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México, Siglo XXI, México, 2004.*

Poniéndolo en los postulados lingüísticos de Mijail Bajtin, “no soy yo quien mira desde el interior de mi mirada al mundo, sino que yo me veo a mí mismo con los ojos del mundo, con los ojos ajenos [...]. Al mirarnos el uno al otro, dos mundos distintos se reflejan en nuestras pupilas.”⁴

Tanto la identidad colectiva como la preservación de los conocimientos se elaboran con palabras que conocen, definen, reconocen e institucionalizan lo que se percibe en el territorio propio; palabras que dan forma y sentido a la realidad, a la cosmovisión. En el universo del discurso oral nahua se trazan los ríos, se describen culebras de agua y sirenas, se sufren o se gozan las lluvias a veces generosas, a veces caprichosas. Así se elaboran también los modelos de comportamiento y las formas deseables del entorno. De esta manera, en ocasiones, la oralidad no indica lo que *es*, sino más bien lo que *debe ser*. De acuerdo con Hooft, los relatos que los nahuas moradores de Xochiatipan transmiten de una generación a otra son de autoría grupal, pues en ellos participa de una u otra forma toda la colectividad, adquiriendo así un significado emotivo e identitario (pp. 72-73). Por tanto, es la comunidad, como individuo, quien protagoniza los relatos; axiología *autor-héroe* que otro antropólogo-lingüista, José Alejos García, conceptualiza con el personaje genérico de los mayas llamado *winik*, traducido como “hombre, humanidad, gente, nosotros-gente”.⁵

Basándose en la información proporcionada por sus informantes nahuas de Xochiatipan, Anuschka van't Hooft nos

⁴ Mijail Bajtin, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1982, p. 28.

⁵ Alejos, “Tradición”, 2001, pp. 293-329.

habla de por lo menos dos géneros de oralidad: los relatos de lo que pasó antes —la historia— y las palabras que se usan para conversar —el cuento—. La diferencia entre una historia y un cuento se basa en la percepción del contenido de los textos. En el caso de las historias, los nahuas los ven como relatos del pasado. Los cuentos son generalmente por mera diversión y no tienen, aparentemente, trasfondo histórico. Aquí no se trata de verdades o mentiras, sino de su tipo de temporalidad; otro factor de diferenciación por demás interesante expuesto por la autora. En el cuento, el tiempo nunca es explícito. Por ejemplo, en el enunciado “Un día un hombre fue a trabajar”, “un día” puede ser cualquier día y el “hombre”, incluso, puede ser cualquier nahua de Xochiatipan que sale por la mañana a trabajar, o bien, ese hombre son todos los nahuas: es el *nosotros*. En las historias el tiempo es muy remoto, “de más antes”; una temporalidad prístina (pp. 73-94). Los relatos de *lo que pasó antes* presentan las características del tiempo mítico, tal como lo definió Alfredo López Austin: la irrupción del *otro tiempo* —temporalidad sagrada—, en el *tiempo de los seres humanos*; lo que provoca el origen de algo en el mundo.⁶

Como en cualquier otra publicación referente a la tradición oral, falta un elemento por demás importante, una ausencia presentísima impedida de ser proyectada en el papel. Nos referimos a la voz, el sonido: la voluntad de la existencia. Al leer los relatos recopilados por la autora

es difícil no imaginarnos el contexto de la narración, los cambios de decibeles del hablante, los silencios, los sobreentendidos, las amplitudes, la fuerza, las exclamaciones, risas, quejas o suspiros de los escuchas. La oralidad se encuentra ligada a contextos extraverbales, circunstancias funcionales de enunciación, que no pueden ser captadas por la escritura, y por lo que en un relato impreso sólo se posee un distante reflejo de aquella realidad. Y es que la voz sobrepasa a la palabra. “La voz se aloja en el silencio del cuerpo como lo hizo el cuerpo en su matriz. Pero al contrario que el cuerpo, la voz vuelve a él en todo momento, aboliéndose como palabra y como sonido.”⁷ Este es uno de los grandes retos de la investigación de la tradición oral: la vinculación de los géneros expresivos a la información cultural e histórica.

Finalmente, después de leer el libro de Anuschka van't Hooft surge una pregunta de historiador casi inevitable: ¿qué tan válida es la tradición oral como fuente de investigación histórica? ¿Tenemos que establecer filtros de verosimilitud? Una posible respuesta ya había sido proporcionada hace varias décadas por Jan Vansina, quien señaló que la transmisión oral era una fuente histórica, en la medida en que pasaba de generación en generación y se resguardaba en la memoria. La cuestión, según Vansina, era establecer un criterio de autenticidad y falsedad a los textos de tradición oral, mediante la comparación de testimonios y mediante el cotejo con otras fuentes más convencionales como son las etnográficas o ar-

⁶ Alfredo López Austin, *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, México, 1998, p. 50.

⁷ Gwyn Prins, “Historia oral” en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1999, pp. 144-176.

chivísticas.⁸ Sin embargo, sería erróneo pretender el entendimiento de los textos orales cuestionando su veracidad, pues esto puede llevar a considerar personajes o acontecimientos como ficticios cuando en la realidad de grupo son elementos fundamentales y reveladores de la cultura y el devenir.

Pedro Sergio Urquijo
CENTRO DE INVESTIGACIONES EN
GEOGRAFÍA AMBIENTAL-UNAM
(CAMPUS MORELIA)

Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint Ribot y Mario Vázquez Olivera, *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*, SRE, México, 2006, 284 pp. (Colección México y sus Fronteras).

El texto constituye un análisis integral de la frontera sur de México. Es integral en función tanto del ámbito temporal que abarca (analiza la situación existente desde 1821 hasta nuestros días), como del ámbito material, ya que toma en cuenta la multiplicidad de problemas y de áreas relacionados con el tema. El estudio, en este sentido, ofrece un panorama sumamente amplio de la frontera sur y, gracias a la adecuada metodología y a la calidad, cantidad y especialización de las fuentes utilizadas por los autores, ofrece también un estudio detallado y profundo.

El estudio que se realiza a lo largo del texto se circunscribe en el ámbito espa-

cial de la línea fronteriza que separa a México de Guatemala y Belice, que corresponde a los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo. Sin embargo, toma en cuenta también que dicho ámbito abarca diversas regiones geográficas y sociales. El análisis incluye la gran gama de aspectos que han gravitado alrededor de la frontera sur: los aspectos físicos y los intangibles, los abstractos y los concretos, los formales y los reales. Así, toma en cuenta conceptos abstractos como la identidad, la construcción del Estado, la soberanía, la conformación nacional. Ofrece datos precisos y medibles, como el número de pobladores de cierto lugar en determinado momento. Sistematiza acciones gubernamentales formales y analiza las acciones y reacciones de la población.

El hecho de que este ámbito espacial del territorio mexicano sea adyacente a otros dos países (Guatemala y Belice) hace aún más complejo el tema debido a la necesidad de incorporar al estudio elementos tanto de las relaciones internacionales, como de la historia de cada uno de estos países. En este sentido, se da cuenta de la lucha de poder entre países que se vivió alrededor de la conformación de la frontera y también de la forma en la que diferentes actores (grupos de poder, gobiernos de terceros países, empresas comerciales, pobladores, personajes políticos determinados, refugiados, grupos armados) han intervenido e intervienen en la actualidad. Sin embargo, se toma en cuenta no sólo el aspecto político, sino también el social, el cultural, el demográfico, el económico y el geográfico. Además, se estudian los diferentes planos que tienen relación con la frontera, como la economía y la política, así como los dife-

⁸ Jan Vansina, *La tradición oral*, Labor, Barcelona, 1968, pp. 33-61.